

Una selva tan infinita

La novela corta en México (1891-2014)



EL
ESTUDIO

Una selva tan infinita

La novela corta en México (1891-2014)



COORDINACIÓN
GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE

EDICIÓN
GUSTAVO JIMÉNEZ AGUIRRE, GABRIEL M. ENRÍQUEZ HERNÁNDEZ,
ESTHER MARTÍNEZ LUNA Y RAQUEL VELASCO

ÍNDICE ONOMÁSTICO
SALVADOR TOVAR MENDOZA

APOYO ACADÉMICO
MILENKA FLORES, AMÉRICO LUNA Y GUADALUPE MARTÍNEZ GIL



f.l.m.
fundación para las
letras mexicanas

Textos de Difusión Cultural
Serie El Estudio
Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura
Fundación para las Letras Mexicanas
México, 2014

Diseño de portada: Gabriela Monticelli

Ilustración: DR © Alejandro Benassini
(detalle de la instalación Inside Silence, 2010).

Primera edición: Diciembre de 2014

DR © De la compilación: Gustavo Jiménez Aguirre y los editores.

DR © De los artículos: cada uno de los autores compilados.

DR © Universidad Nacional Autónoma de México
Av. Universidad 3000, Ciudad Universitaria,
04510, México, D.F.

DR © Fundación para las Letras Mexicanas
Liverpool 16, colonia Juárez,
06600, México, D.F.

ISBN: 978-607-02-6185-5
ISBN de la serie: 968-36-3758-2

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales

Impreso y hecho en México

POR UN GÉNERO MAYOR

ROSA BELTRÁN

Hay un procedimiento científico que consiste en reducir un problema a una imagen, a fin de comprender qué es. Se llama “visión artificial”. Este método de reconocimiento da fe de la existencia —y la importancia— de algo, pero implica que ese algo, para ser comprendido, debe antes conformar un patrón. Algo así ocurre con la novela corta. A pesar de su auge y de la importancia que tiene en nuestro país, hay una obligación de pensarla como género *antes* de darle carta de ciudadanía. Hay incluso la fantasía —que los tres tomos de *Una selva tan infinita*, este proyecto único, cumple a cabalidad— de que sus autores tienen que explicar por qué escribieron este género y qué es. Las definiciones en torno a la novela corta son tan diversas como los criterios con que se la clasifica, por la sencilla razón de que cada autor ensaya la instantánea que obedece a su intuición.

Como señala Gustavo Jiménez Aguirre, un ejercicio de memoria basta para recordar su aparición temprana, desde las primeras décadas del siglo XIX. Pero al carecer de nombre o adoptar uno dudoso, la criatura no tuvo ni tiene una existencia clara y permanente dentro del canon. Los “árboles” se pierden en la selva, que por supuesto es una selva mal explorada. Si pensamos en una primera etapa de madurez de la novela corta en México, los es-

pecímenes más antiguos datan de 1872 y son de la autoría de escritores bien conocidos: Justo Sierra, Federico Gamboa, Amado Nervo, Laura Méndez de Cuenca, Mariano Azuela y Manuel José Othón. Muchos se vieron en la necesidad de “justificar” qué era lo que habían escrito ya fuera mediante prólogos y subtítulos o bien a través de los críticos que los sucedieron, en respuesta a “las últimas decisiones de los autores”. Lo notable del caso es que las definiciones del género partieron en sus inicios de la idea de una falta o una merma: “proyecto de novela”, “tentativa de novela” “esbozos” “bocetos”, “esquemas”, “novelín” y hasta “esqueleto de novela”, según el recuento nominativo de Jiménez Aguirre en la presentación del primer volumen. Esta actitud sólo puede indicar dos cosas: una, que algunos escribieron sus obras teniendo como pretensión o como fantasma la Novela, o bien, que al carecer de un sitio específico en la historia de los géneros, prefirieron optar por una actitud muy mexicana y muy eficaz como estrategia para evitar la crítica ortodoxa y acerva: acudir a la cortesía y la modestia. Caerse para que sea otro quien lo levante a uno. Qué paradoja. El género que desde sus orígenes en Francia se llamó *nouvelle* no sólo daría ejemplares perfectos, sino que las novelas cortas serían las “super ventas” en varios países y sería este el género que muchos autores tendrían como lectura de iniciación. En mi caso *Metamorfosis*, de Franz Kafka y *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*, de R. L. Stevenson, entre otras, están unidas al descubrimiento de esa vida paralela. Y esta experiencia, compartida por muchos, suma *El perseguidor*, de Julio Cortázar; *El coronel no tiene quien le escriba*, de García Márquez o *El extranjero*, de Albert Camus, a varias más. Como *El viejo y el mar*, de Hemingway, para Luis Arturo Ramos. O *La trama celeste*, de Adolfo Bioy Casares y *El congreso de futurología*, de Stanislaw Lem para Alberto Chimal. O *La casa de cartón*, de Martín Adán o *Michael Kolhaas*, de Kleist, para Juan Villoro. O *Las Hortensias*, de Felisberto Hernández, para Ana Clavel. O *Los relámpagos de agosto*, la favorita de Jorge Ibarguengoitia para Guillermo Fa-

danelli, que la incluye en este rubro. O *La muerte en Venecia*, de Thomas Mann, para Eduardo Ramos-Izquierdo. O *La muerte de Iván Ilich*, de Tolstoi, para Aline Pettersson quien sigue teniendo entre sus lecturas favoritas *La amortajada*, de María Luisa Bombal, *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, o *Los adioses*, de Juan Carlos Onetti que son novelas cortas.

Por lo visto, uno de los karmas de este género tendrá que ver siempre con su identidad huidiza. Otro, con que los críticos no se pongan de acuerdo en sus características esenciales. Y esa es parte de su fascinación. En eso radica que se mantenga vivo el debate. Los desacuerdos obligan a los enemigos al reencuentro permanente como atestigua *Los duelistas*, de Joseph Conrad, que es también novela corta.

A lo largo de estos tres tomos, el lector encontrará erudición, ingenio, pasiones excluyentes pero, sobre todo, conocimiento de causa. Hay autores que incluso tienen un credo: consideran que hay ideas para cuentos y otras para novelas. Luis Arturo Ramos, por ejemplo, cuenta el caso de una historia que no se dejaba escribir. Una mujer de 1.30 m que muere a manos del narrador: un fotógrafo en un centro de atracciones. El relato no marchaba y Luis Arturo estuvo días sufriendo la pena negra hasta que una mañana descubrió por qué no se dejaba escribir el cuento: porque era novela. Novela corta, para más señas

De las múltiples definiciones, una de mis favoritas es la de Juan Villoro: “Me recuerda a la franja entre Berlín Oriental y Berlín Occidental. Viví tres años en esta ciudad y cada vez que me acercaba al Muro me gustaba ver a los conejos que corrían entre las minas y las ametralladoras automáticas. Los conejos y las liebres tenían el peso ideal para no activar los explosivos. Eran los dueños de la frontera. Creo que la novela corta se mueve en una zona similar; es una tierra de nadie conquistada por accidente”. Me gusta pensar en la agilidad y el ingenio de la novela corta como los de un conejo: tan veloz como un cuento pero tan astuta como para escapar de su constreñimiento.

Frente a la novela y al cuento, Carmen Boullosa ve en la novela corta una ventaja semejante: “escapa a los deberes de la tensión narrativa del cuento y a las impresiones ‘totales’ del texto extenso”. Y esto es algo que une las poéticas actuales y distancia a nuestros contemporáneos de sus antecesores: que ya no la ven como una “falla del sistema” ni se ven obligados a justificarla. De hecho, algunos la ven como un resultado y no como un proyecto: “me rehúso a escribir una novela breve como parte de un plan premeditado”, dice Guillermo Fadanelli. “Las explicaciones y los géneros literarios, en mi opinión, tocan a la puerta una vez que la muerte ha hecho su aparición y la obra se encuentra ya en manos de los lectores”.

Pero se la defina como se la defina, el hecho es que a partir de 1872 y hasta 1930 en México la novela corta era un género muy visitado por autores y lectores cuya importancia de pronto se perdió para recuperarse hasta hace muy poco, y que este trabajo explica y contribuye a esta recuperación. *Una selva tan infinita*, los tres volúmenes sobre novela corta en México que Jiménez Aguirre coordinó con tanto acierto, inicia con una frase muy enigmática escrita por él: “La hora actual de la novela corta en México comenzó hace diez años”. Es decir, comienza con una frase alentadora, que nos invita a saber por qué se escribe de nuevo novela corta, por qué se lee; qué colecciones impresas además de *La novela corta. Una biblioteca virtual* y estos tres tomos apoyan y promueven la visibilidad de este género y hablan de la voluntad de los editores por vencer la indiferencia a estas obras en Hispanoamérica, en particular en México.

Por supuesto, los lectores encontrarán citas y referencias a obras canónicas (*Aura*, *Las batallas en el desierto*, *La tumba*, *El apando*). Pero libros como *Una selva tan infinita*, y espacios novedosos como *La novela corta* expanden este archicitado canon a autores cuyas obras serán un descubrimiento: desde *Confesiones de un pianista*, de Justo Sierra, de 1872, hasta *La Señora de la Fuente*, de Luis Arturo Ramos.

Me parece importantísimo el trabajo de quienes han participado en este proyecto y sobre todo, me parece importantísimo el propio proyecto. Porque hacía falta, porque desde su nacimiento en la edición digital es ya un documento (y ahora tres libros) de consulta y porque es un magnífico precedente. Porque su doble formato habla del hecho de haber detectado la necesidad de tener estos dos soportes: de un lado, la lectura de los libros precedentes que han vendido más de la mitad de su edición desde el momento en que aparecen; de otro, el número de visitas a su formato digital, en el que se han colgado ya cuarenta y ocho novelas y doce facsímiles de éstas, además de los ensayos críticos a estas distintas novelas.

Celebro a los autores, a los estudiosos, a los compiladores, a los editores y a su coordinador. Pero, sobre todo, celebro ser parte de este proyecto porque cumple con el propósito de apostar por un tipo de publicación en la que yo creo. Se trata de un trabajo excepcional y abarcador que sin embargo evita la tentación de lo faraónico: es decir, un proyecto anti Julio Jiménez Rueda y su *Antología de la prosa en México*, 1931, y anti Antonio Castro Leal y *La novela de la revolución mexicana*, donde cabía todo y por eso mismo, como dice Gustavo Jiménez, no se veía nada. No discuto la importancia de estas obras. Pero los actuales criterios de selección y el momento histórico que vivimos, un momento en el que ya no es importante reunir todo lo existente para definirnos como país, nos permiten ver el árbol perdido en el bosque y hacer honor al sentido del título, tomado de una frase de Jorge Luis Borges que alude al corazón de este proyecto: “Una vez hubo una selva tan infinita que nadie recordó que era de árboles”. Por último: este conjunto hace justicia, al mencionarlas, a colecciones que se ocuparon específicamente de este género, como *La Centena* o *Licenciado Vidriera*. Sorprende descubrir que quienes han estado a cargo del rescate y estudio de la novela corta son ellos mismos escritores (el propio Gustavo es poeta). Esto quiere decir que la condición inicial tuvo que ver con una decisión de lector —para mí, un criterio *sine qua non* para ser editor—: la pasión

por la lectura de estas obras. Con toda su diversidad, o por ella, puedo decir que el deslinde que hacen de este territorio selvático sólo podía hacerlo alguien adicto a la literatura y al sentido moral que tiene el dejar desbrozado parte de ese territorio para las nuevas generaciones de lectores.